



1^{ER} CERTAMEN DE LITERATURA DE LA REGIÓN DE MURCIA “LA MEMORIA Y EL ALZHEIMER”

ORGANIZAN:



Los miembros del jurado que han valorado los trabajos presentados en el concurso literario "La memoria y el Alzheimer" estiman de manera muy positiva esta iniciativa llevada a cabo por **Fundación José García Jiménez y Alzheimerur**.

En primer lugar, se trata de una importante toma de contacto con esta enfermedad degenerativa del cerebro desde una perspectiva diferente a la que suele predominar por parte de las instituciones y los medios públicos, ya que promueve una mirada sobre la misma desde el ángulo de la creatividad y procura una desdramatización de su realidad y sus consecuencias en el ámbito familiar y social.

En este sentido, los trabajos que han llegado a nuestras manos plantean el motivo de la degeneración neuronal desde posiciones más cercanas e íntimas, inscritas en el ámbito de la familia, doméstico, psicológico o interpersonal. Los trabajos han adoptado diversos géneros literarios, lo cual favorece también la pluralidad de sus acercamientos: no sólo hemos podido leer relatos y cuentos, sino también testimonios e incluso poemas que circundan, en algunos casos, y se internan, en otros, en los síntomas, los efectos o los contextos que el Alzheimer comporta.

En segundo lugar, el jurado ha valorado la calidad literaria de los trabajos, pero también el modo de aproximación al fenómeno, la calidad temática y la originalidad de los textos y la perspectiva humana que arrojan, destacando asimismo los aspectos que renuevan la mirada fatalista y plantean sondeos más esperanzadores dentro de la oscuridad que todavía está asociada de modo muy estrecho a esta alteración mental.

Consideramos relevante, por otra parte, que los trabajos remitidos procedan no sólo de muy variados puntos de la geografía nacional, sino también del continente americano, tanto de Hispanoamérica como de los Estados Unidos, lo cual revela el interés que ha despertado la convocatoria a nivel internacional.

Las reuniones mantenidas para deliberar el fallo han sido amenas y fructíferas. El resultado final arroja unas cifras muy significativas, puesto que no sólo han

sido seleccionados tres ganadores y dos finalistas, tal como las bases del concurso decretaban, sino que hemos querido incorporar tres trabajos que han recibido una mención especial y han sido recomendados para su publicación en virtud de características complementarias a los seis primeros títulos y para poner de manifiesto que el concurso merece todo nuestro apoyo y un clarísimo deseo de continuidad.

VICENTE CERVERA SALINAS

PRESIDENTE DEL JURADO DEL 1^{ER} CERTAMEN DE LITERATURA DE LA
REGIÓN DE MURCIA “LA MEMORIA Y EL ALZHEIMER”

JURADO DEL 1ER CERTAMEN DE LITERATURA DE LA REGIÓN DE
MURCIA “LA MEMORIA Y EL ALZHEIMER”

Dr. Vicente Cervera Salinas, Catedrático de Literatura Hispanoamericana de
la Universidad de Murcia

David Lozano, Premio Literatura Juvenil Gran Angular 2006

Leonardo Cano, Premio CreaJoven 2006 Relato Corto

Carlos García Zapata, patrono de la Fundación José García Jiménez

1er Premio

AUTORRETRATO CON MUJER DESNUDA

Estoy obsesionado, lo sé. Hace un momento, ante el espejo, creí ver un plano con la distribución de las salas del museo en mi brillante y despejada calva, pero sólo eran unos cuantos pelos dispuestos, por un capricho del azar, de manera exquisitamente ordenada. Tengo que ver de nuevo, sea como sea, aquel cuadro, que se ha introducido en mi cabeza, en un acto consentido de penetración, y ahora me parece que engendra y recrea mi propia vida, convirtiendo la realidad en una dramática comedia.

En este hotel de poca monta, al que no sé cómo han venido a parar mis huesos, no hacen más que poner impedimentos para que no salga a la calle. Es intolerable. He perdido toda mi intimidad: no tengo ninguna llave en la puerta. El otro día, cogiéndome del brazo – de manera afable, eso sí –, entró un tipo con un atuendo hospitalario que casi acaba metiéndome en el cuarto de baño, diciéndome que me tocaba sesión de ducha y que él se iba a encargarse de dejarme como una patena. Qué clase de lugar es éste en que le dicen a uno cuándo y cómo ha de asearse. Tampoco dispongo de un teléfono en esta pequeña habitación, aunque lo cierto es que ni tan siquiera recuerdo dónde he puesto mi agenda. Por no tener, este hotel no tiene ni barra de bar. Menos mal que el bueno de... ¿cómo se llama...? ...es igual, él me prepara, todas las noches, mi chupito de buen güisqui escocés, justamente cuando ya se ha ido la señora Dupont.

¡Ah!... la encantadora señora Dupont. Me ha tomado cariño. Se presta con frecuencia a acompañarme a dar un paseo por la ciudad o por la playa, e insiste en que no debo salir solo. ¡Por favor, a mis años...! Es ella quien debe andarse con mucho cuidado. Está totalmente trastornada. Pobre mujer, me habla como si yo fuera su marido. Un día de éstos no sé lo que me puede llegar a pedir. De no ser porque tengo principios... Pero uno no es de piedra: me mira por encima de sus caras gafas de diseño, arqueando las cejas, y entonces parece... es como si... ¿se me insinúa o son imaginaciones mías? ¡Caramba!, qué hermosa resulta cuando, asomada en la terraza del jardín, esa luz dorada del atardecer se desliza sobre sus senos a punto de desbordarse de un más que amable y generoso escote. Viene a visitarme a diario. Pretendo ser cortés con ella, a pesar de que me confundan y remuevan sus comentarios. A

menudo se presenta con una enorme carpeta verde, de esas reforzadas con cantoneras metálicas de color negro – ¿dónde habré visto yo antes una carpeta igual...? –, y mientras desata los lazos que la cierran, me explica con gran parsimonia lo terapéutico que me va a resultar el que contemple mi vida, sin juzgarla, al hilo de lo que me sugieren mis propios trabajos, conservados desde mucho tiempo atrás. ¿Mis propios trabajos?... La pobre se empeña en mostrarme dibujos hechos a plumilla, otros a grafito o a carboncillo. Todos con la firma de un Pascual, al que no conozco. <<Tuyos – me dice –, todos son tuyos; éste – recorre entonces con su mano los trazos difusos de una aguada – lo hiciste en el setenta y dos, y éste es mucho más reciente, pero no le pusiste la fecha, querido>> En el hotel le siguen también la corriente, porque luego no oigo más que Pascual por aquí, Pascual por allá.

¡Ah!... la loca y encantadora señora Dupont – aunque ella insiste en que la llame Sofía –. Qué bella. Me gustaría contemplarla sin rubor muy despacio, acariciarla, estrecharla entre mis brazos. Como si de un fino lienzo se tratara, recorrería con el pincel su piel desnuda, dejando una estela erizada, escalofrío por la suave caricia, como un cometa deja tras de sí partículas incandescentes. La muy querida señora Dupont. A fin de cuentas es a ella a quien tengo que agradecer una compañía fiel en mi vacía existencia, y sobre todo el que me descubriera aquel cuadro del museo.

Desde ese preciso instante mi pensamiento no cesa de alumbrar escenas inconexas, como estrellas fugaces que iluminaran efímeros paisajes que ya hubiera transitado, como ‘flashes’ que rescataran de la oscuridad rostros que hubiesen sido olvidados. Esta misma mañana, muy temprano, decidí salir a dar un paseo por el jardín. Menos mal que aquí no me ponen objeción alguna – me resulta curioso este pequeño jardín, gran paraíso dentro del hotel, por el que paseamos siempre los mismos –. Había amanecido lloviznando. Olía bien, el aire era muy húmedo y estaba cargado de ozono y salitre. En silencio, podía escuchar las olas del mar batiendo contra las rocas y en la playa. Pasé mi mano por la frente. Mi piel tenía un tacto especial, distinto al de costumbre, y en ese momento pensé en una mujer. Recordé unos cabellos negros, hinchados y ligeramente rizados por la humedad. Una sonrisa blanca y transparente, enmarcada por unos amplios labios, sin pintar, como un lienzo de lino en crudo,

sin imprimación alguna. Recordé cómo mis dedos acariciaron aquellos labios, leyendo en cada minúsculo pliegue el mensaje del cuerpo – inescrutable de otro modo –, única realidad tangible del ser, vigía de nuestro presente continuo. Ambos éramos cómplices de un diálogo silencioso de palabras no pronunciadas, dedos que libaban el néctar secreto y deseado, ofrenda amorosa entregada sin decir nada, sin pedir nada. Una humedad distinta empañó esta vez mis párpados: al cabo de unos segundos aquella figura se diluyó como el óleo en la trementina. Efímero pensamiento enredado en tan delicada madreselva.

Pero entonces emerge de nuevo el cuadro. Sus tonos verdes, grises, azules y violetas. La ternura de los empastes, el vigor en los trazos, las transparentes veladuras. De espaldas, la figura de un hombre, y ante él una mujer joven que trenza su cabello, desnuda, sentada en una orilla y medio sumergida, rodeada de hojas y flores de loto. La señora Dupont, frente al cuadro, me decía: <<te acuerdas, Pascual, te acuerdas>>. Qué es lo que recuerdo... Veo una escena real, pero que escapa de los efectos realistas, del corsé que supone representar la realidad aparente de los seres y las cosas. Veo formas espirituales, envueltas en un paisaje casi abstracto, etéreo, en los que soles y lunas pueden ser al mismo tiempo ondas, flores, reflejos de un estanque, universos donde la figura de una mujer desvela su íntimo anhelo, la página de un diario albergado en lo más recóndito del ser. Sí, es una escena real, pero como el epitelio de otra realidad que, intuyo, es tan real como este mismo espacio que ahora me envuelve. Qué es lo que tengo que recordar...

¿Y si fuera la señora Dupont esa mujer? – ¿será posible iluminar íntimos recovecos de mi ser, entrar con antorchas en la recóndita caverna? –. Sofía, ingrátida mariposa inmarcesible, más cerca de la luz, del color y la música, que de la materia. Con el mismo cuidado con el que trenza su cabello, trenza con su mirada el lazo invisible, intemporal, entre ella y el hombre cautivado que la observa y la desea, y quizá luego la olvida: el mismo hombre que ahora se contempla a sí. ¿Estaré ciertamente pegado a ese trozo de vida? ¿Seré yo mismo el que permanece de espaldas al espectador, a la vida, para recrear permanentemente lo que fui?

Sofía y yo. Qué locura es ésta. Qué mágica alquimia de los pigmentos, de los aceites y sus esencias, me devuelven por un momento a lo que debía seguir siendo. La mujer que suponía trastornada ha corrido el velo y me muestra mi propia vida. Poder ver el cuadro una vez más, sólo una más. No. Verla a ella y reconocer a la mujer que ha habitado durante este tiempo mis sueños sin yo saberlo.

Ahora, en este balcón de la estancia, me asomo, en el comienzo de la noche, ante un horizonte de penumbra, donde no es posible distinguir cielo y mar, allí estrellas o allí espuma. Asomado también entre los intersticios del alma, busco el libro en el que he guardado mi vida. Quizá sea la última vez. ¿Por qué esas manchas en la memoria, como un barniz oxidado, ocultando un rostro? Se cae a trozos mi pensamiento, desconchones de un mural craquelado. Mis recuerdos, flores sagradas que flotan en un estanque que poco a poco se consume. Me pregunto, qué amargos hechizos convocó la luna para dejar partir de mis sueños todo el fluido vital, para borrar de las ideas a la mujer amada, para deshacer el vínculo entre la mano y el pincel. La pinté en un cuadro, sí, yo la pinté, tomándola del tiempo y la memoria; reteniéndola, en un recodo de la orilla, como una flor varada, acariciada por las ondas, mecida por los sueños. Y, sin embargo, se desdibujan sus reflejos en el agua. Herido el pensamiento, dolida el alma, la pierdo, igual que se desvanece la fragancia de los jazmines ocultos en las sombras de la noche. Recobro la lucidez para descubrir un naufragio. He arribado a la orilla de la ansiada costa, y camino por una arena en la que todo lo que está por escribir ya ha sido escrito, y en la que las huellas que se van dibujando perfilan las ya dibujadas en mi propia vida. Contemplo un horizonte al que sólo se llega tras haber perdido todo el equipaje, cuando uno se olvidó de sí en la travesía.

Siento que mi alma pertenece ya más a ese cuadro que a esta materia que me sustenta, incapaz de cobijar la crisálida esencial. ¿Volveré a ver a la señora Dupont o a Sofía? Qué trago amargo ha de beber ella aún.

Levanto la mirada al cielo anochecido y pienso incrédulo si la luna que veo casi llena en menguante se caerá también, una más entre lo vivido y los sueños que derrumbados yacen yertos en el suelo del jardín. Pero no, parece que aguanta

bien, clavada ahí, sostenida entre las nubes, firme y dulce como la mirada de Sofía; o es ella, más bien, quien me sostiene aún el mirar y el ser, marco para una pintura de una exposición fugaz, hilo invisible, en fin, que sujetara una estampa en la pared del universo, momentos antes de caer en un agujero negro. Me dijeron cómo se llama esa estela oscura que inevitablemente he de seguir: Alzheimer.

¡Ah!... es la noche que me envuelve en sus manos. Pero hay un cuadro... que me devolverá el recuerdo.

ARTURO ASENSIO MORUNO

2º Premio

ALZHEIMER

“A veces dudo de mi memoria y me pregunto si únicamente seré capaz de recordar lo que nunca sucedió”.
Marina. Carlos Ruiz Zafón.

A la memoria de mi padre Manuel Valdemoro que acabó olvidándose de todo, menos de querernos.

Estos días que mezclan la duda y el asombro
son una larga cinta que me enreda los sueños,
el ovillo confuso de un tiempo hecho de ausencias,
de etiquetas vacías y luz deshilvanada.

Quiero apresar esa palabra,
ésta, ésta precisamente que se empeña en huir,
que se esconde en el cajón más hondo
de la memoria y muere.

Mis recuerdos en sepia
son una galería de sonrisas y trajes,
adolescentes rubios que jamás me besaron,
manos que nunca acaricié,
niños que ya están muertos.

No sé quién es la novia que parece un regalo,
la anciana que sonrío y acuna un gato negro.

Rostros sin nombre,
con el gesto coagulado en papel Kodak mate,
sonriendo para siempre
desde el desván de un tiempo
eternamente ajeno.

Quiero fechas, lugares, adjetivos...
anclas que me aseguren
frente al naufragio irreparable del olvido absoluto.

A veces me parece que las palabras vuelven,
que podría atraparlas
y clavar en sus alas el alfiler de un sintagma concreto,
de una preposición salvadora y fiable.

Esto se llama “azul”
y es azul porque se puede navegar por él,
ahogarse en sus fonemas.
Esto es “edredón” porque cobija el sueño,
aquello un caracol, con su oreja diminuta a cuestras...

Etiquetas que sirven, como muletas de papel
y espuma,

para poder andar sin miedo
por este zoco inmenso que es el vivir,
siempre lleno de ruidos.

Las cosas no son “cosas”, son nombres,
nombres de cosas que es preciso aprender,
copiar en cartulinas y guardar en distintas cajas perfectamente
alineadas: cinta, cepillo, peine...
en la caja del pelo,
hilo, aguja, dedal... en la caja acolchada
donde está la costura...

Nombres.

La vida es un enorme amasijo de nombres:
tijeras para cortar el pelo y el hilo de bordar,
cepillo para el suelo, para los dientes, para barrer la ausencia...

Estos días que mezclan los nombres
son una larga angustia de sorpresas y algodón mojado.

¿Dónde guardé la ficha que explicaba lo que es un gorrión,
una estrella de mar,
el horizonte,
un libro de sonetos?

¿Qué haré cuando me olvide de tu voz,
de tu nombre y el mío,
cuando sea incapaz de saber que te he amado?

LOLA VALDEMORO FERNÁNDEZ-QUEVEDO

No sabría decirte con certeza cuando empecé a sospechar que ya no eras tú, que otra persona ocupaba tu lugar, que alguien extraño y desconocido usurpaba tu cuerpo. Al principio se trataba de pequeños detalles, que yo analizaba mentalmente, sentada frente a ti, viendo como apurabas la sopa con la mirada perdida en el televisor. Repasaba tu rostro, las cejas algo más pobladas, los ojos surcados de arrugas, la nariz y la boca, moviéndose acompasadamente al masticar. Y aunque sabía que eras tú, algo había cambiado en esa mirada verde oliva, cada vez más extraviada. Por eso seguía recorriendo tus facciones, para disuadirme de la peregrina idea de que eras otra persona, esa que a veces veía asomar, mirándome atónita desde tus pupilas.

Mis sospechas sobre la existencia del intruso se confirmaron el día de nuestro aniversario, hasta entonces nunca lo habías olvidado. Durante treinta años, el dos de octubre encontraba una docena de rosas rojas al volver del trabajo, soltaba el bolso y la chaqueta e iba corriendo a darte un beso. En las últimas ocasiones ya no corría tan deprisa, el cansancio y la monotonía pesaban demasiado sobre mi espalda, pero tu ramo siempre estuvo ahí y mi beso de agradecimiento también. Por la noche nuestros cuerpos no temblaban con la misma fuerza de los primeros años pero seguían ofreciéndose cálidos y acogedores, como un atardecer encendido en brasas.

Cuando me sentía triste, amenazada por el intruso que en ti habitaba, cogía las cartas de amor, esas que me escribías desde la mili, nunca fuiste un poeta, pero aquellas frases destilaban algo más que cariño, venían impregnadas de pasión, una pasión a duras penas contenida por el miedo a que mi madre pudiera abrirlas antes que yo. Las apretaba contra mi pecho conteniendo los suspiros, como entonces, y sentía latir de nuevo este viejo corazón.

¿Cómo se puede vivir con un extraño?, pensaba porque cada vez me lo parecías más. Te quedabas observando las gotitas de agua que resbalaban por el cristal y me preguntabas cómo nos conocimos, yo te miraba atónita y ofendida a un tiempo. Olvidar nuestro primer encuentro, otra prueba más de

que no eras tú y sin embargo te parecías tanto. Quise contártelo, pero un nudo en la garganta me impedía hablar, mientras las imágenes pasaban por mi cabeza y te veía en la cola de aquel cine de verano, mirando descaradamente mis piernas, justo allí donde se acababan los calcetines, subiendo hasta el bordado que ribeteaba la falda. Sé que me puse colorada, incluso recuerdo aquel calor que me sofocó durante toda la película, mientras tú, ajeno a la pantalla y a mi azoramiento, te dedicaste a observarme en la oscuridad, con el detenimiento y la precisión de un científico explorando a través de su microscopio. ¿Se puede olvidar algo así?

Aún necesitaba más pruebas que me confirmaran que no eras tú, antes de tomar una decisión al respecto y fue entonces cuando empezaste a acusarme, a cada instante me hacías responsable de tus problemas, de tus pérdidas, de tus fracasos. Te volviste irascible, iracundo a veces, dejando de ser tú por completo, el otro, el invasor se había apoderado de tu ser. Yo pensaba en marcharme, hacer las maletas y dejarlo porque ya no conseguía recordar cómo eras, el intruso aparecía cada vez con más frecuencia y tardaba en marcharse. No podía acostarme con él en la misma cama, compréndelo, hubiera sido como serte infiel. Por eso me mudé al cuarto de la niña, ella apenas venía por casa ya. Creo que para no ver al otro, le inspiraba cierto temor. Ya sabes como es la niña, en apariencia dispuesta a comerse el mundo pero en realidad camina por la vida amedrentada, como un conejito arrojado de su madriguera.

El día que olvidaste mi nombre llovía a mares, el cielo amenazaba con atraparnos en un abrazo húmedo y mortal. Preparaba la cena en la cocina, cuando te oí contestar “no, aquí no vive ninguna Rosa, se ha equivocado”, y colgaste el teléfono como si nada. Yo te miraba asombrada, las manos mojadas en el paño, la boca abierta en un gesto de incredulidad. Me quedé tan perpleja que ni siquiera tuve fuerzas para sacarte de tu error, cada vez tomaba fuerza en mí la idea de abandonarte, o mejor dicho de alejarme de él, me asustaba su mirada vacía.

Como te decía estaba pensando en hacer las maletas y marcharme de casa, tú sólo aparecías en contadas ocasiones y el extraño, casi siempre presente, me odiaba. Mientras que doblaba la ropa y la colocaba en la maleta, fui consciente

de que desertaba. Durante más de tres décadas, unidos en una lucha constante, compartimos techo, hijos, hipoteca, sonrisas, mascotas, gritos, silencios, llantos, pasión, aburrimiento, miradas,... Me vi reflejada en el espejo de la cómoda, vi el miedo en mis ojos y sentí vergüenza. Me observé allí plantada, dispuesta a marcharme sin mirar atrás, asustada por ese maldito intruso que te devoraba desde dentro. Estuve así unos segundos, quizás fueran minutos, observando mi rostro cansado, mi cuerpo vencido por los años y pensé que sólo te tenía a ti, que sólo me tenías a mí.

Me armé de valor y lo miré a los ojos. Le anuncié que no estaba dispuesta a rendirme, se lo dije cuando salíamos de la consulta del médico. Allí se aclaró todo, me explicaron donde te habías marchado y quien era aquel advenedizo: *“Es una dolencia degenerativa de las células cerebrales (neuronas) de carácter progresivo y de origen desconocido. La enfermedad se presenta de forma lenta y progresiva. Sus principales síntomas son la pérdida de memoria y cambios en el comportamiento. No es habitual que se presente en una persona de su edad, es más frecuente en mayores de sesenta y cinco años, pero no cabe duda su marido padece Alzheimer”.*

Ahora te escribo estas palabras, que leeremos juntos, como siempre, tratando de retrasar, a base de medicamentos y cariño, la llegada de ese extraño con nombre alemán que pretende separarnos.

FELISA MORENO ORTEGA

1er Seleccionado CONSEGUIMOS AMOR DONDE NO HABÍA ESPERANZA

Me llamo Gloria, tengo más de 80 años y me han diagnosticado Alzheimer y, antes de llegar a la incapacidad, quiero escribir una carta para explicar cómo me encuentro, pero no desde el dolor de saber que no hay marcha atrás, sino desde el amor, ahora que todavía puedo sentirlo.

A mi edad, es normal tener cualquier enfermedad, pero siempre pensaba que, cuando el cuerpo ya no me respondiera, me quedarían los recuerdos y podría revivir mi vida, a mi manera... Pero, como eso ya no podrá ser así, he querido escribir esta carta, la que será la última de mi vida.

Empecé a notar mi falta de memoria hace ya un tiempo, cuando iba a hablar y me olvidaba de lo que tenía que decir, o cuando no me salían las palabras más comunes, o no recordaba los nombres de las personas más cercanas. Pero los que estabais alrededor no os dabais cuenta. Sólo yo me iba sintiendo cada vez más mermada y cada vez más aislada, porque yo así lo quería. Vuestras conversaciones no me interesaban y los actos más cotidianos me producían sensaciones que se aproximaban mucho al miedo.

Nunca he buscado el protagonismo, incluso he pecado de tímida. He sido poco participativa en las tertulias – donde nunca me sentí cómoda - y prefería observar y escuchar antes que hablar. Por eso, la edad y los achaques propios de los muchos años hicieron que a nadie le sorprendiera que cada vez hablara menos y que la televisión y los periódicos se fueran convirtiendo no sólo en mi principal distracción como eran antes, sino en la única.

Desde hace unos años vivo a través de vosotros. Habéis sido mis ojos y mi voz, mi contacto con la realidad. He formado parte activa de una familia que, poco a poco se fue ampliando con la llegada de mis nietos. Desde que nacieron he participado en su educación, en la medida que me correspondía, he sufrido con sus enfermedades infantiles y he disfrutado con sus triunfos escolares y universitarios. Por eso estoy tan segura de haberlos querido tanto como se quiere a los propios hijos. O tal vez más. Y, por eso, no podía entender porqué mi nieta venía, cuando yo me acostaba, a interrumpir mi sueño y a poner destellos de luces entre las sombras que me rodeaban. Ella,

que tanto había cuidado de mi descanso, ahora venía a interrumpirlo y a asustarme...

Resulta curioso que cuando me empieza a faltar la memoria se hagan más cercanos los recuerdos que quedaban tan lejos... Cuando era joven pensaba que la vida de los ancianos tenía que ser necesariamente placentera. Habían hecho ya todo en la vida, cumplido con todos, padecido, disfrutado... y ahora les quedaba el sosiego y, sobre todo, los recuerdos, muchos recuerdos sobre los que poder pasar, detenerse y recrearse durante horas interminables. Solía pensar que los viejos se volvían un poco niños, porque perdían facultades físicas, pero siempre los imaginé sabios porque tenían respuesta para casi todo.

Ahora no puedo evitar pensar que soy un estorbo para la familia y no era este el final que yo había imaginado. No siento dolor, pero tampoco me siento viva. Sólo siento cómo va transcurriendo la vida a mi alrededor y sólo, en ocasiones, encuentro que formo parte de ella.

Cuando eres joven no te paras a pensar en cómo será tu vejez porque no imaginas que un día te llegará. Pero cuando vas cumpliendo años y compruebas que tienes más pasado que futuro, sientes un extraño orgullo al repasar trozos de tu existencia, como quien revisa un álbum de fotos, y comprendes que lo material carece de valor, que tu cuerpo va dejando de ser el que era, que envejece, se deforma y los objetos que tanto valorabas pierden importancia en sí mismos y sólo los valoras por las sensaciones que un día te transmitieron. Pero siempre te queda lo que has vivido y el recuerdo de las personas que han hecho el camino contigo y crees que, aunque ya no estén a tu lado, siempre las tendrás muy presentes en tu memoria.

Ni lo que sé, ni lo que soy, ni lo que he hecho, nada me pertenece. Hay una enfermedad que se va apoderando de todo hasta dejarte sin raíces, con un pasado vacío, un presente incierto y un futuro demasiado terrible como para imaginarlo.

Ahora ya no sé lo que es real y lo que no lo es. Sé que os esforzáis por explicarme cosas que no soy capaz de entender pero me doy cuenta de que lo hacéis para que participe de vuestro mundo y, en ocasiones, lo agradezco pero

la mayoría de las veces me abruman esos detalles que con tanto ahínco me queréis hacer comprender.

Me siento muy bien sola, haciendo nada, dejando pasar el tiempo que antes tanto me faltaba y ahora desperdicio porque es lo único que de verdad me apetece.

Temo la oscuridad y la llegada de la noche porque cuando me acuesto me asaltan escenas que no quiero ver. Las luces son más fuertes que mis ojos y entran a través de mis párpados aunque yo haga esfuerzos por mantenerlos cerrados. Antes me despertaban extraños ruidos y una música que sonaba en medio de la noche y que yo no era capaz de reconocer, aunque sonara siempre de la misma forma.

Os reclamo, y siento interrumpir vuestro descanso pero tengo que hacerlo porque alguien o algo está contra mí, me asusta y necesito vuestra ayuda.

Esa es ahora mi realidad. He sustituido los sueños por esos terrores nocturnos que no permiten que el descanso repare mis días.

Quiero aprovechar cada momento mientras me lo permita la enfermedad. No renuncio a nada de lo que todavía me ofrezca la vida y me reconforta pensar que, con mis muchos años, el mal no podrá vencerme del todo y aún podré morir con dignidad aunque haya perdido parte de mi identidad.

Cuando también a vosotros os borre de mi cabeza, cuando no pueda reconocerlos, si ese momento llega, pensad que ya no soy yo, me habrá derrotado el mal. Miradme como a una enferma, con benevolencia y piedad. Pero, cuando ya no esté en este mundo, tenéis que olvidar esa parte de mi existencia que tan dura fue para mí y resultó tan difícil para vosotros. Os quiero demasiado para pensar que, cuando me recordéis, sea desde el dolor y no desde el amor.

Gracias por haberme querido tanto y por habérmelo demostrado.

En su memoria

Cuando te llevé al doctor porque te encontrábamos rara, desganaada, tú que siempre fuiste tan vital, y te hizo leer la primera página de un periódico para después preguntarte qué recordabas y, en lugar de contestar, permaneciste callada, no podía imaginar que el diagnóstico que iba a oír era que padecías Alzheimer.

En esos momentos no pude comprender el alcance de lo que me estaban diciendo. Conocía ese nombre pero no era consciente del alcance de esa enfermedad. El doctor me ofreció toda su ayuda y me facilitó bibliografía que podría serme de utilidad. Ahora, desde la experiencia, puedo decir, aunque resulte negativa, que nada de lo que ocurre se puede aprender en los libros. Cada día te sorprende algo nuevo, es un retroceso permanente, como desandar el camino andado. Cualquier enfermedad terminal es más fuerte que el paciente pero, en este caso, es una lucha mucho más desigual que en otras porque más que saber, tienes que intuir que lo que estás haciendo por el enfermo, por qué es lo que quiere en ese momento. Sé que no sentías dolor y que, a tu modo, eras feliz porque, aunque tu voz no tenía palabras, tus ojos nos lo decían.

Pero cuando realmente perdía toda la esperanza era cuando repetías una y mil veces la misma palabra y nada, ni nadie, era capaz de hacerte callar. Sufríamos por ti y por nosotros, por no ser capaces de interpretar qué era lo que necesitabas, qué nos pedías desde ese mundo al que nosotros no teníamos acceso.

Y hablo con la autoridad y el conocimiento porque siempre hemos estado juntas. A los pocos meses de casarme murió papá y viniste a vivir con nosotros. Has visto nacer a mis hijos, los has llevado al colegio, has compartido juegos, viajes y vacaciones con ellos y has cuidado de ellos cuando tenían fiebre. Nunca nos hemos separado y me cuesta imaginar la vida sin ti.

Es verdad que nunca has demostrado tu cariño con besos y abrazos y que siempre tenías muy presente la disciplina y la educación porque pensabas que esa era la mejor herencia que nos podías dejar. Así lo entendí yo y así, también lo han entendido ellos. Y estás satisfecha de tu obra porque dices con

satisfacción que el tiempo te ha dado la razón y te gustaba recordar anécdotas y travesuras de cuando ellos eran pequeños para que ellos mismos pudieran descubrir cómo eran cuando, por ser demasiado pequeños, ahora ya no lo recordaban.

Has sido nuestra memoria y ahora seremos nosotros la tuya.

Ya han puesto nombre a mi mal, se llama Alzheimer, pero desconozco su alcance porque nadie a mi alrededor lo ha padecido. Sé lo que es el cáncer porque se ha llevado a muchos de mis seres queridos, pero no sé cómo actúa esta enfermedad que me han diagnosticado ni si conseguirán que desaparezcan esas luces que me atormentan por la noche y los ruidos que tengo en la cabeza durante el día.

A veces sé cuántos años tengo pero, otras veces, se me olvida y, cuando me dicen la edad creo que ponen de más para que me sienta más importante. No se imaginan que a mí me da igual y que es a vosotros a los que más os cuesta reconocer la realidad y justificáis así el que yo me haya vuelto tan torpe de movimientos en estos últimos meses.

Me reprendíais cuando empecé a guardar cosas, sin ninguna razón, en mi propio armario. Cosas que después no era capaz de encontrar y que no recordaba dónde las había metido. Después, dejaba encendidas las luces cuando salía de la habitación o los grifos sin cerrar y el agua corriendo, hasta que yo misma dejé de utilizar la cocina por miedo a hacer algún estropicio y, ahora, aunque quisiera, ya no sé ni cómo funciona.

Sabéis que no me gustaba salir a la calle y que mi mayor entretenimiento era la televisión y, por la mañana, el periódico, pero también eso ha dejado de interesarme, aunque sigo siendo capaz de leer. Me he vuelto muy rara y ni yo misma me reconozco. Bueno, eso también me pasa a veces con vosotros que, cuando os miro, me pregunto quiénes sois... Es una pena haber perdido esas aficiones que tan buenos momentos me hacían pasar. No sé desde cuando me pasa eso pero es verdad que ahora puedo estar horas sin hacer nada, mirando a mi alrededor pero sin interesarme nada de lo que está pasando.

Os pido que tengáis mucha paciencia conmigo, aunque entiendo que es muy pesado repetir varias veces las mismas cosas y, sobre todo, las mismas recomendaciones y que lo hacéis por mi bien, pero no soy capaz de retenerlo. Me molesta mucho oír voces a mi alrededor y no me gusta que me gritéis al hablarme. Como antes no oía bien os creéis que sigue siendo igual pero no, ahora os oigo mucho mejor, aunque prefiero que me habléis cuando estéis cerca de mí para que yo pueda veros.

Todos estos inconvenientes son propios de los años, bueno ¡de los muchos que tengo! pero ya sabéis que siempre he pensado que es ley de vida. Me queda esa resignación, aunque lo que no soporto es la idea de convertirme en un obstáculo para la familia. No permitáis que eso ocurra. Os quiero demasiado para pensar que cuando me recordéis sea desde el dolor y no desde el amor.

Donde no hay esperanza, sólo cabe amor

Han transcurrido dos años desde que fuimos al médico porque te encontrábamos rara, desganada, tú que siempre habías sido tan vital. Dos años desde que te hizo leer la página de un periódico, para después preguntarte qué recordabas de lo que acababas de ver, y que tú permaneciste callada... Dos años desde que te diagnosticaron Alzheimer.

En esos momentos no fui capaz de comprender el alcance de lo que nos estaba diciendo el doctor. Conocía, claro, el nombre de esa enfermedad pero no era consciente de su alcance, por eso agradecí su delicadeza para darnos unas nociones de cómo tendríamos que actuar y el que me facilitase la bibliografía que él consideró que podría serme útil. Entonces sólo él sabía a lo que nos enfrentábamos. Y ahora, después de la experiencia de estos meses, comprendo que toda la ayuda que trataba de darnos él mismo considerase que iba a resultar insuficiente.

Hemos librado una lucha contracorriente, infructuosa, con una enfermedad terminal que no da tregua. Cada momento, hemos tenido que intuir lo que querías o lo que necesitabas. Lo único que nos ha reconfortado ha sido saber que no has sentido dolor y que has vivido días, especialmente en los últimos meses, sino de felicidad, sí de sosiego, porque aunque tu voz dejó de tener palabras, tus ojos nos lo han dicho con la mirada.

El comienzo de la enfermedad fue difícil de asimilar para toda la familia porque tú, aparentemente, estabas bien y por eso nos costaba aceptar que esa actividad frenética que soportábamos y soportabas fuese involuntaria. Lo mismo que las noches, que dejaron de ser tiempo de descanso para convertirse en interminables horas de desasosiego y de terrores incontrolados que te mantenían despierta y agitada y nos obligaba a todos a estar pendientes de ti.

Después, dejaste de andar y de hablar casi al mismo tiempo. Eso, casi se convirtió en un descanso para los que te cuidábamos porque dejaste de levantarte continuamente de la cama y, aparentemente, tú también alcanzaste más sosiego. A cambio, te convertiste en una persona dependiente y, sentada en tu silla de ruedas, se te veía muy menuda y vulnerable. A partir de ese momento nada volvió a ser igual en nuestras vidas. Ninguno de nosotros ha vuelto a ser el mismo y todo, absolutamente todo, gira a tu alrededor. Esa dedicación es lo único que nos da tranquilidad.

Peor, cuando realmente perdíamos toda la esperanza ha sido cuando repetías una y mil veces la misma palabra y nada, ni nadie, hemos sido capaces de hacerte callar. Hemos sufrido por ti y por nosotros, por no ser capaces de interpretar qué necesitabas; por no poder darte lo que nos pedías desde ese mundo al que ninguno hemos tenido acceso.

Siempre te oí decir que era importante saber de todo, que el saber no ocupa lugar o que todo lo que aprendamos es lo que realmente poseemos y no nos lo puede quitar nadie... Ahora sé que ni siquiera eso nos pertenece; que existe una enfermedad que te despoja hasta de tus raíces; que terminas tu vida con un pasado vacío, un presente incierto y un futuro demasiado terrible como para imaginarlo.

¡Me hubiera gustado tantas veces saber si lo estábamos haciendo bien! Ahora ya no te quejas por nada y agradeces que dediquemos tiempo a peinarte y arreglarte. También sé que te sientes bien sola, haciendo nada, dejando pasar el tiempo, que antes tanto te faltaba, y que ahora desperdicias porque es lo único que te apetece.

Sabemos que la memoria es selectiva y que, transcurrido el tiempo, sólo recordamos las cosas hermosas. Por eso, espero no olvidar nunca algunos momentos que, durante estos dos años, nos has proporcionado. El silencio ha conseguido aproximarnos más que cualquier palabra y nosotras hemos compartido

mucho. Muchas veces, con tu mano entre las nuestras te hemos hablado, incluso te hemos hecho confidencias, como antes, como siempre y, en ocasiones, hasta me ha parecido verte sonreír.

ARACELI MORENO MANCEBO

Creo que sí, creo que fue en mil novecientos. . . ¿veinte?

No estoy segura, es tan difícil regresar y seguir aquí,
en este sillón, mirando cómo se nos viene encima
la noche y sin poder escapar de este vacío.

Una quisiera poder tenerlo todo claro, pero parece
que se repite la cuna . . . hacia atrás se repite: Por más
que ustedes y yo insistamos, no recuerdo nada de aquellos
primeros años y desde que El Negro se fue después de aquel
interminable viaje a los países dizque para solucionar nuestras
finanzas y vino más flaco aún, hecho el hígado un harapo por el ron,
mansito y derrotado que sólo pensaba en que se iba a morir, el pobre,
me resulta cada vez más penoso tener guardado un momento
en la memoria para cada acción que se duplica y no recuerdo.
¿Voy bien? ¿Era esto lo que querían detallado?

Alguien me contó -¿mamá, la abuela?- Papá no pudo haberlo dicho:
tenía que trabajar todo el día desde antes de salir el sol
hasta después de que cayera. Éramos. . . Creo que éramos doce:
Bruna, Rosa. . . Caro. . . ¡Ay!, se me van los otros nombres,
pero tengo aquí sus caras y yo sé que éramos doce y que dos
eran varones, si mal no recuerdo. Otros dos. . . murieron a poco
de nacer. ¿Cuánto es ocho más dos más otros dos? Ninguno sirvió
gran cosa, no sé por qué. Rosa fue la primera en irse de la casa y todas
nos moríamos de envidia. Ella fue la que más holgada vivió.
Tuvo dos hijos. Pero luego se fue muy pronto. Ella y María se fueron. . .
Vino el cáncer y se las llevó. Se las llevó el cáncer. . .
Lengua que lame y no perdona. Como los años.
Quizás hubiera sido mejor irme temprano, como ellas
y no tener que vivir en esta oscura habitación por tanto tiempo.
Yo tuve cinco. . . ¿cinco o nueve? No estoy segura; había siempre
muchos niños en la casa. ¿Qué día es hoy?. . . Martes, debe ser
martes, 14 de febrero de 1921. . . ¡Un momento! Ayer fue domingo.

Entonces por qué dije martes. Me estoy volviendo loca ¡Qué horrible!
¿A cuál de las dos le toca venir hoy? ¿A Juana o a Xiomi?
Rei no viene nunca. No debo preocuparme por esas cosas.
Me he propuesto que tengo que estar en el presente
y mañana lo voy a recordar todo de un solo golpe. ¡Ujum!

La abuela Ofelia me contó que tenía los ojos abiertos y que no lloré,
dijo mamá. Eso sí, cuando lo del cordón y las tijeras, ahí, claro,
eché un berrinche que pensaron que iba a explotar. Mamá tampoco
paraba de gritar y era. . . la toma de la Bastilla. . . era el 14 de julio de 1920.
¡Me he acordado, Dios mío, me estoy curando! ¡No he perdido del todo
la memoria! Sólo que no estoy segura de si era lunes o miércoles.
Supongo que fue en Gurabo porque veo el níspero al fondo.
No sé, no lo tengo claro. Papá no estaba. . . Mamá y la abuela sí
y lloraban. Yo no. Hasta que me cortaron el ombligo. Entonces
eché un berrinche que explotaba. Todo esto me pone muy nerviosa. . .
y el corazón se me eriza; pero, hay que hacer ejercicio, ¿no?

¿Seguimos? Sería el 14 de febrero. Hacía algo de viento
y la abuela no había comido todavía. Donde vivíamos, en Gurabo,
era como un hoyo y no podía soplar el viento. Sin embargo
sopló ese día, no sé cómo. Papá había plantado el níspero
cuando conoció a mamá y de eso. . . sí que no me acuerdo nada.
¿Cuánto es 20. . . menos 12?. . . No es tan fácil decirlo todo.
Se queda una vacía si no deja nada. Ahora vivimos. . .
¿dónde es que vivimos ahora? Ah, sí, en La Capital, ¿no?
Pero hoy es miércoles 14 de julio de 1920. El Negro murió
en octubre, me parece – mis hermanas. . . Payano. . . lo llamaban.
Fue buen padre y esposo aunque mis hijos. . . Todos dicen
que no me respetaba. Era terrible con ellos y a veces conmigo.
No sé. Había nacido en Hato Mayor el 14 de febrero de 1921
y siempre le molestó que yo fuera más. . . mayor que él. Recuerdo
que trabajaba en un banco. No sé por qué no me puedo acordar
del nombre si el banco nos prestó los ocho mil . . .
Los seis mil pesos de la casa. . . Ahora la polilla se come la casa

y los diez mil pesos. Aunque la quieren vender por un millón; no sé cómo es un millón. ¿Cuánto es veinte menos ocho?

Desde que murió el viejo Martín, la vieja Cató estaba siempre buscándolo porque era el mayor y tenía que ayudar. Pero él ganaba 180 pesos. . . en La Capital, ahora no recuerdo si me lo dijo. Sé que eran tan poca cosa 200 pesos y ya todos estaban fiados pasada la segunda semana. . . Eran cinco hijos, nueve niños que comían, iban a la escuela y ayudaban en todo.

El casi nunca ayudaba en nada. Hasta que se puso como un trapo viejo y ya no podía ir a ningún sitio solo. Entonces se ponía a barrer el patio. Yo lo bañaba a veces y otras, le tenía que dar la comida. Con una cuchara. Así se puso. Trabajaba. . . y los domingos se iba. . . Nunca supe adónde, hasta que trajeron a Arturo a la casa. Tenía la misma edad de Mane Así nos íbamos hundiendo cada vez más. Siete, nueve hijos en la misma casa y todo fiado al comenzar la segunda quincena.

El murió en octubre, el 14, no estoy segura. Yo nací en Gurabo, el 14 de julio, pero no lloré . . . hasta que me cortaron el ombligo. Entonces eché un berrinche. . . que pensaron que iba a explotar. Mamá no estaba allí. Vinieron todas al entierro y lloraban. Yo nací en Hato Mayor el 14 de febrero de 1921. Papá no estaba porque trabajaba en el campo todo el día. Cuando nos casamos yo ya había tenido a Juana, a Rei y a Mane, pero no estaba embarazada. Se pusieron a llorar en el entierro. No sé quién las invitó. . . Pasamos 30 años juntos disfrutando unas caricias y aguantándole rabietas y palizas al pobre Nelson, que era el pararrayos de su ira. Ellas lo tenían algún domingo y no sabían nada de esto. No. Nunca había hablado de esto antes. No, no. No me invento nada ni me estoy volviendo loca. Fue el 14 de octubre. . . o quizás de julio. . . Ahora que lo pienso, en octubre no se muere nadie, sólo las hojas de los almendros. Están cansadas de tanto sol y se caen porque en la Primavera tienen que levantarse las primeras. Sí, tiene que haber sido julio. La verdad que estoy ahora confundida. . . Perdonen. . . no sé por qué rompo a llorar tan fácilmente.

Pero es un martirio no tener nada claro en los recuerdos.

Ellas se echaron a llorar. No se habían conocido antes, pero al verlo tan solo en esa caja, todas juntas se echaron a llorar desconsoladamente.

Era oc . . . No, no, no. Sería julio, 14 de julio.

¿Ya llegó mamá? ¿Alguien le contó que el níspero empezó a secarse?

Me paso las manos por la frente a ver si puedo tener todo más claro,

pero las voces se me confunden y tengo

muchas sombras allá adentro. Creo que es mejor

que me acueste un rato y cuando El Negro vuelva,

si es que vuelve, me iré con él aunque sea octubre

y nosotros seamos los almendros. . .

REI BERROA

Un día comienzas a sentirte angustiado fuera de tu casa porque percibes el miedo de no encontrar el camino de regreso acertadamente. Conversas con los amigos y en varias ocasiones no encuentras la palabra adecuada, la tienes en la punta de la lengua; te ayudan los demás a terminar la frase, porque tú sabes qué quieres decir, pero realmente parte del vocabulario se te ha escapado de las manos. Andas así, desorientado un poco, extrañado entre las calles de siempre, intentando cazar los nombres de las cosas como si fueran moscas al vuelo, y encuentras casi por casualidad el portal de tu casa. Ella te abre la puerta con una sonrisa y llegas por fin al comedor de tu hogar. Allí te quedas tranquilo; el olor familiar, la luz tenue del salón, la voz de los tuyos y hasta la propia televisión, te rodean amigablemente de una entrañable seguridad.

Otro día, sin quererlo ni esperarlo, vives la fatalidad de perderte. Vagamente las fachadas te parecen similares a las de tu barrio, no sabes ya cuál es la dirección correcta y sólo eres consciente de que estás en un laberinto interminable, y lo que más trágico te resulta es la enorme indiferencia de la gente hacia ti en esos eternos momentos de desorientada desazón. Una mano suave coge la tuya y oyes un sollozo de alegría mientras te abrazan. Te han encontrado, te andaban buscando y por fin te han encontrado. No sabes si llorar, porque llevas en la cabeza un mar de confusiones, y cuando te digo un mar es un mar sin horizontes, imponente, oscuro, agitado, helado.

No te perdonas al principio el fallo de la memoria, porque siempre habías tenido una portentosa capacidad para recordar las cosas con el mínimo detalle. Pero eso es nada. Un día, en medio de la calle, alguien te saluda con bastante confianza y te quedas perplejo. No tienes el gusto de conocerle. Haces un esfuerzo brutal, como si quisieras exprimir todo tu cerebro igual que una naranja para que salga el maldito recordatorio que te alumbre la identidad de tu acompañante, y no lo consigues. Lo ves alejarse mientras te mira sorprendido, quizás con desagrado hacia ti porque tu turbación la interpretó como una desconsideración hacia su persona; parece decir, "mira, ni siquiera se ha acordado de mí, con la de veces que hemos hablado juntos, que nos conocemos desde hace años, vaya desaire". Pero eso es nada. Un día te

resultan desconocidos casi todos los rostros que te rodean. Es una sensación de soledad absoluta, aún estando entre ellos, no sabes quiénes son. Y ves junto a ti rostros estupefactos, algunos niños se ríen, otras personas lloran, todos te cogen suavemente por el abrazo como si quisieran servirte de apoyo. Te llevan al sillón y se quedan mirándote como si fueras otro, no sabes cuánto te duele que te sientan como otro, que seas otro...

Puede que, sin darte cuenta cómo ha sido, notes un calor húmedo entre las piernas; te tocas con las manos y tienes la impresión de que esa mancha mojada es tuya... Entre vagas sensaciones has vislumbrado que te has orinado. Te lo confirma esa frialdad resultante al pasar sólo unos minutos. Dios mío, no sabes realmente lo que ha pasado y, entre unas nebulosas de atormentada timidez, muere estrangulado ese prurito de intimidad personal que tanto habías defendido. Ya estás adaptado, has asumido con una inocencia de circunstancias, que en esa región tan pudenda ya pueden entrar más gente a tocar, mientras tanto tú finges una rígida indiferencia.

Un día, al fin, te encuentras jugando al trompo, el maestro te llama la atención porque te has salido de clase sin pedirle permiso, amenaza con castigarte y tú sales corriendo. En esa fuga sin retorno vas menguándote, encuentras aquella pelota de tu infancia y le das cuatro patadas, has roto el cristal de una ventana, tras ella mira una vieja mala, te asustas y sigues corriendo y encuentras la cuna. En la cuna estás boca arriba con unos pañales puestos, te has hecho pis y también te has hecho caca. Varias personas te están limpiando el culo, pero ya no te importa tanto. No ves a tu madre, lo que te provoca un enorme disgusto y sientes miedo. No quieres que vean tus partes íntimas, pero sientes el discreto placer de una manopla llena de agua enjabonada. Te entran ganas llorar para que te den el chupete, recuerdas cuando te daban el pecho... Y cada instante es un paso más en unas aguas pantanosas, donde tus esfuerzos por salir son inútiles, y vas hundiéndote poco a poco. Y ya, con el barro espeso y negro al cuello, en el último momento antes del último suspiro, tu madre te coge la mano, tu madre que es tu hija.

SEBASTIÁN MARTÍN RECIO

CUATRO KILOS TRESCIENTOS CUARENTA GRAMOS

A mi abuela Magdalena

Entré en casa de mi abuela echando voces de saludo, como cuando vuelves de un viaje muy largo y tienes ganas de abrazar a los tuyos. Lo hacía cada mediodía, justo después de las clases, pasaba por casa de mi abuela Lucía para ver cómo andaba todo porque su hijo, mi padre, es pescador y estaba de nuevo en el mar, en uno de esos barcos enormes, y la nuera, mi madre, no la soportaba. Yo era el único que iba a verla cada día y compartía con ella unos buenos ratos. Me encantaba charlar con mi abuela y que me explicara cosas del pasado. Pero desde la muerte del abuelo, su marido, tres meses atrás, las historias que me contaba habían empezado a difuminarse, a mezclarse, como los colores de una acuarela abandonada bajo la lluvia.

-¡Abuela! –volví a gritar.

El tintineo de una cuchara contra un vaso de cristal me reveló que estaba en la cocina. Quise sorprenderla y aparecí de pronto.

-¿Cómo está mi abuela prefer...?

Me quedé a media pregunta, la misma que hacía siempre. Ella debería haberme contestado con un *¡aquí!*, y yo le hubiese depositado un beso en la frente. Me quedé cortado al ver lo que estaba haciendo. Una a una colmaba cucharadas del contenido de un bote que tenía al lado y las vertía a un vaso de agua que tomaba un color blanquecino. Al principio no entendí que hacía pero luego la evidencia estalló en mi cabeza. Aquella escena me trajo recuerdos de unos meses antes.

Fue tras la muerte de mi abuelo que la enfermedad empezó a manifestarse, aunque lo hizo de forma sutil. Primero fueron los “santos al cielo”, entraba en una tienda y, tras hacer la cola, olvidaba qué necesitaba a comprar. “Vaya, se me ha ido el santo al cielo”, me decía. Yo la acompañaba siempre que podía, porque entre ella y yo existía una relación especial. No daba importancia a estos olvidos frecuentes pero sí me di cuenta que la gente murmuraba al vernos entrar en las tiendas. Era algo inmediato, aparecer y cuchichear por lo

bajito. Hasta bien pasados dos meses no le pregunté a mi madre qué le ocurría a la abuela, y no hice precisamente por esas pérdidas de memoria ni por la actitud de la gente. Empecé a encontrarme monederos llenos de billetes medio escondidos detrás de los armarios, las sábanas de las camas hechas un ovillo junto a la televisión o cucharas de sopa colocadas bajo las patas de la mesa del comedor, cada día era una sorpresa. Mi madre me dijo que la abuela estaba como una regadera, que padecía Alzheimer, que sus padres habían terminado igual y que andaba listo mi padre si pensaba en traerla a casa. ¡Ah, no! Ni hablar.

Lo peor de todo era cuando algún vecino me llamaba.

-¡Vicente, ven, que tu abuela no está muy buena!

Quizás salía de casa con el camisón de dormir y sin peinar o vestida pero sin zapatos, lo que generaba en el pueblo un revuelo de padre y muy señor mío. En esos momentos tan embarazosos, los vecinos me buscaban a mí porque sabían que yo tenía paciencia con la abuela, pues la última vez que avisaron a mi madre perdió los nervios y los gritos llegaron hasta Roma. De todos modos, yo no podía evitar un sentimiento de ridículo espantoso cuando sucedían estas cosas, y a pesar de que los vecinos la socorrían en ocasiones, su comportamiento distaba mucho de cuando mi abuela se encontraba bien. Lo que me resultaba verdaderamente curioso era que tras esos ataques de locura volvía en sí y ella no daba crédito a mis palabras cuando se lo contaba.

-¿Eso he hecho yo? –me preguntaba con un hilo de voz.

A mí se me partía el corazón. Aquella mañana no iba a ser diferente.

-Abuela, ¿qué estas haciendo? –le pregunté después de ver como echaba dos cucharadas más al vaso de agua.

No me contestó. Hacía una semana que casi no hablaba. Nunca antes había estado tanto tiempo “desaparecida”. Las pérdidas de memoria le acostumbraban a durar medio día, uno entero a más tardar.

-Abuela, estas utilizando polvos de lavar la ropa.

Cogí el bote y se lo aparté. Ella me lanzó una mirada extraña, jamás había visto semejante expresión en su rostro. Apretó los labios y los convirtió en una finísima línea. Luego giró sobre sus talones y se fue para la habitación. Suspiré. De haberse bebido la “leche” ya no tendría abuela. En fin, pensé.

Me fui para el comedor y empecé a recoger la mesa que aún estaba puesta. Justo cuando me dirigía a la cocina la vi pasar por delante de mí a buen paso, derechita hacia la calle. Lo dejé todo en el mármol y salí tras ella. La atrapé con un pié ya en la acera.

-Oye, aguarda un momento. ¿No me has dicho dónde vas?

No esperaba ninguna respuesta tras el incidente de la leche pero cuando me contestó que quería ir al pregón de las fiestas me quedé sin resuello. ¡El pregón de las fiestas! Seguramente era el día del año con más concurrencia en la plaza, donde el alcalde ofrecía su discurso grandilocuente y se llenaba la boca de todo lo que haría por el pueblo. Enseguida vi claro que no podía ir, que sería el hazmerreír, aunque curiosamente se había vestido con un traje de lo más elegante.

-Me voy al pregón de las fiestas.

¡Demonios! Lo había vuelto a repetir. Aún no sé cómo le dije que se cogiera fuerte a mi brazo, no fuera ser que se tropezara con los zapatos de medio tacón que se había puesto. Y así fue como nieto y abuela nos encaminamos a la Plaza Mayor.

Efectivamente no me había equivocado. La plaza estaba a rabiar de gente, todos mirando al escenario donde la comparsa del pueblo tocaba las clásicas coplas, himnos y pasodobles carcas de todos los años.

-¡Lucía, usted por aquí! ¡Venga, venga, que aún puede participar!

Aurelio, el enterrador, nos hacía señas para que nos acercáramos a un rincón, incluso se levantó para dar dos besos a mi abuela, que curiosamente se los devolvió.

-A la, pruebe, a ver si acierta el peso del gallo.

El concurso era sencillo, el de todos los años, quien acertaba el peso se llevaba el animal de la jaula. Mi abuela se lo remiró con mucho cuidado. Una de mis historias favoritas era la del pollo sin cabeza que se escapó de casa con mi abuela persiguiéndolo detrás.

-Cuatro kilos trescientos cuarenta gramos –terminó diciendo.

Imposible, le dije, ese gallo pesa más, pero Aurelio lo anotó en la larguísima lista, agarrando el bolígrafo tan fuerte que le temblaba la mano. Probablemente era el único día del año que escribía. Me fijé en su letra. Todos los ancianos tienen la misma caligrafía.

Tras la orquesta vino el pregón del Alcalde, el único que había tenido el pueblo desde el final de la dictadura. Los aplausos se compaginaban con el discurso, aunque yo le prestaba poca atención. Me resultaba sorprendente ver a mi abuela intentando ver algo entre la multitud, estirando el cuello y haciendo esfuerzos por encontrar un buen lugar. Así andaba yo, ensimismado ante aquel hecho insólito, cuando de pronto se giró, me cogió del brazo con fuerza y me dijo:

-Ya verás como nos llevamos el pollo a casa.

¡Cáspita, el sorteo! Aurelio ya no estaba en su sitio sino en el escenario, junto al Alcalde y una báscula. Reconozco que crucé los dedos y no precisamente para que acertara mi abuela. El premio se tenía que recoger encima del escenario.

El enterrador cogió el animal con las dos manos y lo depositó en la báscula con cuidado. La aguja apuntó y el Alcalde leyó la cifra.

-¡Cuatro kilos trescientos cuarenta gramos!

Aurelio enseguida supo quién era la ganadora. Le acercó la lista al representante del pueblo y éste, al leerlo, no pudo disimular la sorpresa. Pero el hombre siguió con el dedo señalando el nombre delante de toda la congregación.

-Lucía Sospedra Bou –dijo al fin el Alcalde.

Y mi abuela Lucía me dedicó una sonrisa amplia, de esas que te iluminan la cara. Al mismo tiempo, una vorágine de murmullos se extendió por la plaza. Fue entonces cuando me dije: ¡Vamos allá, por qué no! Le ofrecí de nuevo el brazo izquierdo a mi abuela a la vez que levantaba el derecho reclamando el premio. Recuerdo perfectamente los rostros de la gente, algunos escandalizados, otros llenos de admiración. La gente fue abriéndonos paso hacia el escenario. A diferencia de otras veces, me moría de orgullo, como si yo mismo hubiera acertado la cifra mágica. De repente, noté un fuerte agarrón de la manga. Era mi madre que, indignada, trataba de detenerme. Sus ojos eran una mezcla de rabia y vergüenza ajena y, de no haber sido por el gentío, estoy seguro que sus chillidos hubieran sido ensordecedores. Me solté con un tirón y, como si no la hubiera visto, seguimos avanzando. Era nuestro momento y no permitiría que nos lo estropeará.

Subimos al escenario y, una vez arriba, el Alcalde nos repartió dos besos y un apretón de manos. Aurelio, que ya había puesto el animal de nuevo dentro de la jaula, se lo acercó a mi abuela, quien con mucha decisión lo cogió. Éramos la comidilla de todos. El Alcalde empezó a aplaudir y toda la plaza se unió. Fue la primera ovación que recibí en mi vida y también lo fue para mi abuela. Cuando el Alcalde ya nos despedía, mi abuela me soltó y se acercó al micro. Inmediatamente se hizo un silencio sepulcral en la plaza.

-¡Felices fiestas a todos!

Y la gente volvió a estallar en aplausos, ahora incluso más fuertes.

Al llegar a casa, mi abuela Lucía y yo decidimos que el pollo aún podía engordar un poco más así que le hicimos un cercado en el almacén y le dimos pan duro remojado en agua. Me despedí de mi abuela ya muy al tarde con un beso en la frente y un hasta mañana, pero ella quiso abrazarme. No fue uno de esos abrazos cordiales sin sentimiento sino de los que refriegas las manos por la espalda.

Al día siguiente me encontré a Lucía agarrada con las dos manos a la puerta de la nevera completamente abierta. El bote de polvos de lavar Lagarto estaba

en el estante de arriba, junto a los tomates. Supe entonces que mi abuela se había marchado para siempre.

JORDI BONET BELTRÁN

La doctora Domínguez, con cara de idiota, estaba sentada en la consulta frente a Laura para comunicarle la noticia más absurda que le había tocado vivir en sus quince años de frenético trabajo en el hospital: “lo que tengo que decirle parece una broma de mal gusto, pero es mi deber informarle que hemos perdido a su padre en las urgencias”. La cosa se veía venir.

En los últimos meses el comportamiento del abuelo Paco había empezado a ser chocante. Primero le dio por comprar objetos inservibles o inusuales para su edad y estilo de vida. Como el día en que se presentó en casa con un sombrero panamá. Pepa, su mujer, se quedó muy extrañada, porque él sólo se cubría la cabeza con una gorrilla de cuadros cuando iba al campo.

- Pero, Paco, ¿tú para qué quieres ese sombrero? -le dijo su mujer asombrada.
- Para qué va a ser, rubia, para cuando tenga uno que vestir elegante - respondió como si la respuesta fuera obvia.
- ¡Hay, Señor! Lo que hace este hombre para escucharme, ya no sabe qué hacer para molestarme.

Paco nunca llegó a ponerse el sombrero.

Más tarde olvidaba dónde situaba las cosas, sobre todo los objetos de uso cotidiano. Como la cartera. Solía dejarla en la mesilla de su habitación cuando salía de casa. Y menuda vergüenza pasaba Pepa si iban de paseo o de compras y llegaba el momento de pagar. Se echaba una mano al bolsillo de la camisa, a los interiores de la chaqueta, al posterior del pantalón, pero nada, la cartera no aparecía. La primera vez que le ocurrió, Paco pensó que la había perdido en la calle o se la habían robado y entró en casa con un cabreo de mil demonios. Pasó del disgusto al asombro cuando descubrió, al mirar hacia la mesilla, que simplemente no la había cogido. Pero la segunda vez que no pudo pagar y su mujer comprobó estupefacta que la cartera volvía a estar una vez más en la mesilla, le pareció que la broma ya pasaba de castaño oscuro. Pepa pensó que lo hacía nada más que por dejarla en ridículo: “Si lo sabré yo, que llevo soportándolo cuarenta y cinco años. Quién me iba a decir a mí, con lo que

yo le he tenido que aguantar, que me iba a dar esta vejez -gimoteaba a su hija Laura cuando iba de visita a su casa.

Pepa comenzó a dudar de la normalidad de la conducta de su marido cuando cayó en la cuenta de que debía repetirle las cosas continuamente. “Es como si hablara con la pared”, pensaba ella, porque Paco olvidaba con facilidad lo que le había dicho un rato antes. Si le preguntaba qué iban a almorzar y Pepa le respondía, por decir algo, garbanzos, al rato Paco preguntaba otra vez qué almorzarían. Y Pepa, estallando en cólera, le decía de todo al marido: “Pero vamos a ver, Paco, ¡tú no estás bien de la cabeza! Te lo acabo de decir hace un momento”. O bien le comentaba: “Paco, arréglate que hoy viene tu hija a comer”. Y cuando aparecía la hija Paco todavía estaba en pijama, replicando que nadie le había dicho nada de la visita.

La gota que colmó el vaso fue la reacción imprevista de Paco una tarde ante la visita de su hija con su nieto. Cuando Paco abrió la puerta Laura no salía de su asombro al escuchar de boca de su padre la increíble bienvenida:

- Si, ¿qué deseaba usted?

- Papá, ¿te pasa algo? -respondió la hija, mirando al padre seria, dudando de que aquello fuera de guasa.

- ¿Quién es usted? ¿Acaso nos conocemos? -insistió el padre enfadado.

- Abuelo, abuelo, ¿a qué vamos a jugar hoy? –dijo alegremente su nieto, tirando del pernil del pantalón de Paco.

- Perdona, señora ¿éste es su hijo? -preguntó el abuelo mirando con cara de malos perros al niño que le agarraba el pantalón.

Aquello fue suficiente para que Laura dejara a su hijo al cuidado de su madre y saliera pitando en su coche con Paco hacia el hospital. Laura deseaba que el coche volara porque su padre no dejaba de comentar durante el trayecto que había visto muy pocas mujeres taxistas en su vida. La sala de urgencias parecía la grada de un campo de fútbol, atestada de gente y con un ruido de voces ensordecedor. Se sentaron en un hueco al final de un largo sillón. Enfrente, un señor grueso y rubicundo no paraba de toser y cada vez que lo hacía su cara tornaba del rojo al azul, como un gallo de Portugal. A su izquierda una joven madre arrullaba en sus brazos a un bebé que lloraba

desconsoladamente, sin que sus movimientos rítmicos consiguieran calmarle. Un periodista encorbatado daba las noticias del día en una enorme televisión suspendida de la pared, sin que apenas nadie prestara atención. El abuelo estaba muy inquieto con todo aquel revuelo circundante y Laura deseaba que el tiempo pasara rápido antes de que su padre pudiera dar un espectáculo.

Por fin fueron atendidos por la doctora Domínguez, alta, pelo castaño recogido en la nuca, de unos cuarenta años. Tras escuchar atenta los síntomas que explicó la hija, exploró al padre martillo en mano, le hizo un test de memoria y expuso su diagnóstico sin titubear: "su padre padece la enfermedad de Alzheimer, pero para salir de dudas vamos a realizar un TAC cerebral". Seis horas después el escáner sobre la pantalla blanca mostró una atrofia cerebral evidente que no dejaba ningún margen de dudas. Enfermedad de Alzheimer, anotó la doctora en el juicio clínico del informe de alta, mientras miraba de reojo la pila de historias clínicas de enfermos pendientes aún de ver que se acumulaban en una esquina de su mesa. Paco dijo que se orinaba y la doctora llamó a Luis, un auxiliar, para llevarlo al aseo mientras explicaba a la hija los detalles del tratamiento.

- Végase usted conmigo, caballero -dijo el auxiliar a Paco, guiándolo hasta el aseo, donde tras cerrar la puerta salió presuroso a realizar otras tareas.

Unos minutos después el abuelo no regresaba. Laura no dejaba de mirar hacia la puerta de la consulta:

- No se preocupe, señora, voy a ver qué pasa -comentó la médica, quién salió corriendo en busca del auxiliar. Éste tomaba la temperatura a un chaval.

- Oye, Luis, ¿por qué no miras a ver si necesita ayuda el abuelo que llevaste al servicio hace un rato?

- No hace falta, doctora, está vacío, debe haber regresado con su familia.

- Pero ¿qué dices, Luis? Vamos a ver, ¿estás intentando decirme que el abuelo se ha perdido? ¿Es que tú no te has quedado en la puerta esperando a que saliera? ¿No sabes que tiene demencia? Joder, Luis, vaya pandilla de subnormales que trabajan aquí. Ahora mismo quiero a todo el personal de urgencias buscando al abuelo, antes de que la familia se cabree y monte el pollo, eso si no salimos mañana en todos los periódicos por incompetentes.

Rápidamente se movilizó a todo el personal de urgencias en busca del abuelo perdido. Pero Paco no aparecía. Buscaron en todos los aseos, en las consultas médicas, en la sala de críticos, en los boxes destinados a los enfermos más urgentes. Incluso en la habitación con varias literas donde descansaban los médicos de guardia la noche que podían. Pero el abuelo no aparecía. A los veinte minutos de búsqueda infructuosa la doctora Domínguez decidió comunicar la noticia a Laura:

- Pues ya pueden mover el culo si no quieren que ponga una reclamación ahora mismo y monte un escándalo. O mi padre aparece ahora mismo o me voy al juzgado de guardia. ¡Esto es increíble, vamos! -fue la contundente respuesta de Laura.

Como Paco seguía sin aparecer la doctora ordenó al personal de urgencias que buscaran por todo el hospital, que no dejaran ningún rincón sin escudriñar y que dijeran en todas las plantas que se había perdido un abuelo.

Media hora más tarde la doctora Domínguez pudo sonreír con alivio al escuchar a una enfermera de pediatría al otro lado del auricular: “Hemos encontrado a un abuelo en la sala de neonatos”. Nadie supo cómo llegó Paco allí. Cómo salió de urgencias, subió al ascensor y entró en la sala de neonatos sin ser visto. Pero allí estaba, acurrucado en el suelo, dormido en posición fetal, plegados los antebrazos sobre el pecho, los puños aproximados frente a la barbilla, como un boxeador, y las rodillas flexionadas rozándole la barriga. Descansaba junto a una incubadora, una pequeña urna que encarcelaba a un neonato sietemesino insertado por mil tubos, en posición idéntica a la que adoptaba Paco. Parecían dos hermanos siameses separados.

Cuando Laura llegó corriendo, su padre, ya despierto, reposaba sentado en un sillón con la mirada perdida, pero con un gesto parecido a una sonrisa triunfadora dibujándose en sus labios:

- Yo sólo quería sentirme bien, como cuando era un bebé -le escucharon decir.

JOSÉ FERNÁNDEZ GUERRA

3ª Mención

AUSENCIA

Tu mirada se esconde
huele a lluvia
no la vemos.

Tu torpeza se endurece
sientes la tierra
sin flores.

Tu recuerdo sin primavera
abandono de ti
y de mí.

Tu ausencia presente
lejos, remoto
ya no eres tú.

MARÍA LUISA LUCAS AZORÍN